



TRADICIÓN E INNOVACIÓN

LUIS FERNANDO GUERRERO BACA
Departamento de Síntesis Creativa

Instalación de barro
moldeado en el MAP.
Fotografía: Carlos
Carrión Cruz.

EL DESARROLLO HISTÓRICO DE LA PRODUCCIÓN de artefactos y espacios se ha gestado a partir de atávicos procesos de ensayo y error, una especie de “selección natural” en la que cuando algo dejaba de funcionar por determinadas circunstancias sociales o por cambios en las condiciones de la naturaleza, sencillamente era substituido por elementos con formas, dimensiones y materiales más apropiados.

Obviamente, los bienes muebles e inmuebles que habían probado su efectividad, se seguían utilizando y habitando del mismo modo que en épocas anteriores, o bien, eran tomados como modelo dentro de los procesos evolutivos del mundo de los objetos.

Con el correr del tiempo, sin embargo, estos modos de transformación del entorno alcanzaban su clímax, de manera que los sistemas que mejor resolvían las necesidades locales, los que brindaban los niveles de habitabilidad más apropiados y con un aprovechamiento más lógico de los materiales disponibles, permanecieron por periodos muy prolongados.

Resulta sorprendente ver lo poco que cambiaron durante milenios las vasijas de barro, los cinceles o las canastas. La forma, dimensiones y manera de colocar adobes para edificar muros y basamentos en nuestro continente no han cambiado por lo menos en los últimos tres mil años.

Esta permanencia de determinados rasgos de la cultura no siempre ha sido considerada como una cualidad. En muchos

sectores sociales se ha pensado que esos bienes tradicionales, elaborados por sus propios usuarios a partir de aprovechar los materiales locales para resolver, de la manera más sencilla y lógica, las necesidades de la vida cotidiana, constituyen simplemente etapas provisionales en el camino hacia “el progreso”.

Para estos miembros de las comunidades –muchas veces ligados a las clases dominantes– con frecuencia ha sido común una condición de insatisfacción con lo propio y una “necesidad de ser diferentes para ser mejores”. Consecuentemente, a lo largo de la historia han sido los principales promotores de una búsqueda por destacarse, la cual, por lógica, se sustenta en el menosprecio del pasado y de las tradiciones, por considerarlas una especie de etapa superada.

Así, los saberes populares de origen ancestral fueron quedando relegados a los sectores sociales menos privilegiados y casi siempre dedicados a la vida rural; además, por tratarse de actividades que se han transmitido en forma oral y mediante su puesta en práctica de generación en generación, desafortunadamente no han sido documentadas ni registradas. En ninguna comunidad indígena del país se preocuparían por escribir el método para nixtamalizar el maíz o hacer la masa para las tortillas, simplemente porque mucha gente lo conoce y lo pone en práctica cotidianamente.

En cambio, en el constante anhelo de desarrollo, siempre se busca cambiar las cosas “para mejorarlas”, aunque ni siquiera se sepa por qué, ni tampoco existan condiciones de falla que justifiquen adecuaciones. Se tiende a pensar que las cosas deberían poderse hacer de manera “más rápida y en mayor cantidad” sin tener una idea clara del por qué o para qué.

En cierto modo, las ciencias y artes asociadas al diseño históricamente han

formado parte de esa corriente de renovación que ha buscado el “perfeccionamiento”. El desarrollo tecnológico se suele dar de espaldas al pasado, a los conocimientos probados y socialmente aceptados por las mayorías de la sociedad.

La llamada “evolución de la cultura” justamente se ha sustentado en el continuo flujo de los estilos y de una avalancha incesante de información escrita sobre las innumerables series de innovaciones, que han permitido superar lo “anticuado” y las prácticas comunes.

Empero, en la época actual, en momentos en que la crisis mundial caracterizada por el agotamiento de los recursos naturales, el consumo desmedido y donde la generalizada insatisfacción social parece estar llegando a su límite, empieza a surgir un proceso que afortunadamente ha vuelto la mirada hacia esa vía enraizada en el pasado.

Se empiezan a valorar diversas prácticas que siguen presentes en diversos rincones del planeta, sin que los cambios de la moda o los movimientos sociales las hayan afectado de manera radical. Agrupaciones sociales de distintos orígenes

Maceta de frasco de vidrio,
Fotografía: Eduardo
García Guerrero.



Pero a pesar de la intensidad de este movimiento y de la velocidad con que está permeando diferentes estratos de la sociedad, desafortunadamente, la gran mayoría de las disciplinas del diseño siguen enclavadas en la inercia del desarrollo desmedido. Lo más grave es que los propios centros de enseñanza e investigación de los campos del diseño, en lugar de ir a la vanguardia en esta búsqueda, están siendo rebasados por crecientes grupos de personas que, a partir de la vuelta a la naturaleza y a la recuperación de las tradiciones, generan soluciones realmente sostenibles.

Estos campos resultan sumamente prometedores para la generación de una nueva cultura del diseño en la que se empiecen a cuestionar las prácticas que han conducido al fracaso de ciudades a punto de colapsar y al agotamiento de los recursos, para promover en cambio: la generación de objetos y espacios que resulten amigables con el medio ambiente. Este movimiento necesariamente debe romper las estructuras establecidas por los grupos dominantes que incluso ven en esta vía de la llamada "sustentabilidad" una oportunidad de hacer negocio y seguir destruyendo el planeta. Las mediciones de impacto ambiental y los parámetros e indicadores que apoyan los empresarios que desarrollan masivamente "productos ecológicos" pueden llegar a ser más dañinos que los procesos "normales de desarrollo".

Esto se debe en gran medida al contubernio que mantienen con los gobiernos —del color que sea— que consideran que la sustentabilidad radica en el máximo crecimiento urbano en la menor área posible, en el uso de materiales "reciclables" como el vidrio, aluminio, cobre o acero, así como la construcción de edificios "inteligentes" que requieren de aire acondicionado para poder ser habitados.

Pareciera que no se dan cuenta que esos productos y obras son mucho más contaminantes, consumidoras de energía, de agua y otros recursos naturales. A esos factores que caracterizan al "desarrollo urbano sustentable" se añade el caos que se genera por el incremento en la altura permitida de los edificios y, por lo tanto, la densidad habitacional en barrios en los que no se amplían las calles, ni el abasto de agua ni los diámetros de los drenajes ni los lugares de estacionamiento.

La búsqueda de soluciones realmente sostenibles se vuelve el campo de investigación más relevante para el diseño actual y para la práctica docente; pero es evidente que requiere un giro radical en el que en lugar de la preocupación desahogada por la originalidad y la mejora de lo existente, mejor se conozca la herencia cultural que ya probó su eficacia, simplemente por el hecho de haber permanecido.

Molcajete.
Fotografía: Carlos
Carrión Cruz.



